

á los Hohenzollern que desistiesen. Pero en las Tullerías soplaban vientos de guerra. El día diez, Benedetti recibió despacho tras despacho ordenándole insistir, y no pudo menos de presentarse de nuevo el once al rey Guillermo, quien le manifestó, en el mismo tono que la antevíspera, que no había recibido aún la respuesta del príncipe Antonio y que rogaba al gobierno francés tuviese un poco de paciencia; no sin añadirle, molestado por la ofensiva insistencia de Napoleón III y el lenguaje pendenciero que empezaba á usar la prensa francesa, que también él creía deber adoptar precauciones militares. El doce de Julio, el príncipe Antonio anunció al gobierno español que su hijo renunciaba á la candidatura, con lo que los amigos de la paz, por una y otra parte, respiraron creyéndola asegurada. Dióse traslado de este telegrama á Ollivier, quien, rebosando alegría, lo llevó al Cuerpo legislativo y se felicitó con Thiers de ver despejarse el horizonte. Ollivier pecó de ligero; debió haber esperado la satisfacción que el rey de Prusia había prometido dar á Francia, y no hubiese dado motivo á que los *mamelucos* gritasen que se engañaba al emperador, que el despacho *padre Antonio* era una reparación ridícula, y amenazasen interpelar al gobierno. Estos gritos y amenazas desconcertaron á Gramont y á Ollivier, quienes, aquel mismo día, propusieron al barón de Werther que el rey de Prusia escribiera á Napoleón III una carta en que, asociándose á la renuncia del príncipe de Hohenzollern, expresase «el deseo de que desapareciese en adelante toda causa de desavenencia entre su gobierno y el del emperador». El embajador rechazó naturalmente la pretensión, y entonces Gramont comunicó á Benedetti, en varios telegramas consecutivos, la orden de pedir al rey Guillermo una respuesta *categorica*, en que no sólo declarase que aprobaba el desistimiento del príncipe Leopoldo, sino que se comprometiese á no permitirle arrepentirse de su renuncia. Semejante exigencia implicaba una ofensa para el rey de Prusia; casi equivalía á una declaración de guerra. El trece por la mañana, expuso Benedetti a Guillermo la extraña petición, á la que el soberano respondió, en tono moderado, que aprobaría la renuncia, pero que no podía hacer nada más. Quedaron en volver á hablar por la tarde. Pero, en el interin, el Rey recibió la respuesta oficial del príncipe Antonio; se enteró de la exorbitante pretensión formulada la víspera al barón de Werther; llególe de Berlín la noticia de que reinaba en toda Alemania efervescencia extraordinaria, y que muchas ciudades le enviaban comunicaciones excitándole á la guerra. En vista de esto, participó á Benedetti que aprobaba el desistimiento de los Hohenzollern y le autorizaba á publicar la noticia; pero que no había necesidad de que volviesen á hablar. Al día siguiente, catorce, marchaba el rey de Ems; el representante de Francia fué á despedirle á la estación, y trató de insistir sobre la garantías del porvenir; pero el soberano le respondió, con la cortesía de siempre, que no tenía que añadir una palabra á lo dicho y que remitía el asunto á sus ministros.

Durante este tiempo, el Consejo de ministros de París había deliberado largo rato, sin

adoptar resolución. Gramont y Lebœuf estaban siempre por la guerra inmediata; porque era menester, decían, apresurarse, sorprender á Prusia. El mismo día catorce, el príncipe de Metternich trasladó al ministro de Estado una larga nota de Beust, que debió haber enfriado su bélico ardor. Decíale el canciller austriaco que, si Francia se empeñaba en romper con Prusia, no contase con la alianza austro-húngara; que «el gabinete de Viena no faltaría á sus compromisos, pero tampoco consentiría que se le forzase, que se le llevase á un terreno mal elegido, en que no quería colocarse; que Francia había prometido no hacer nada sino de acuerdo con Italia y Austria, y ahora se le antojaba decidir por sí sola de la paz y de la guerra; que le aconsejaba, como amigo, contentarse con las reparaciones que se le ofrecían, y que si se empeñaba en perderse, no estaba obligado á perderse con ella.» Austria hablaba como un oráculo. No era ella sola; las otras grandes potencias predicaban igualmente á Francia la conciliación. Pero el gobierno imperial parecía presa de vértigo. El furor belicoso que había desencadenado en la prensa y en el público, le arrastraba ahora sin dejarle retroceder. Un periodista célebre, Emilio de Girardin, escribía «que era menester expulsar á los prusianos allende el Rhin á escobazos». París retumbaba en cantos de guerra, y bandas fanatizadas ó pagadas recorrían las calles gritando: ¡A Berlín!

Tampoco se dormía Bismarck, mucho más resuelto que su soberano á hacer la guerra inevitable. El trece de Julio, en conversación con lord Loftus, embajador de la Gran Bretaña en Berlín, emitía su propósito de pedir á Francia reparación por las amenazas que Gramont lanzara el seis de Julio, y unas horas después, la cancillería prusiana enviaba á los periódicos de Berlín y á los agentes diplomáticos de la Confederación del norte breve nota, relativa á las últimas negociaciones de Ems, en que refería en términos escuetos la última instancia dirigida por Benedetti al rey Guillermo, añadiendo, á secas, que este soberano le había contestado, por el ayuda de campo de servicio, que ya no podía recibirle, dando á entender con esto que á la ofensa no había vacilado en responder con la ofensa. No fué menester más para que por toda Alemania corriese la versión de que el embajador de Francia había sido echado como un lacayo. El contenido de la nota era falso, como sabemos; pero Bismarck había calculado que en Francia se le prestaría crédito, á lo menos durante veinticuatro horas, lo que bastaría para producir la explosión que deseaba. Y no se equivocó. La indignación, sobre todo en París, fué violentísima. Sin embargo, en el Consejo de ministros que se celebró el catorce, después de las doce, algunas voces se expresaron aún por la paz: se vertió la idea de convocar un congreso, que fué muy grata al Emperador, y se redactó un proyecto de nota á las potencias, pidiéndoles confirmar el principio adoptado tácitamente por Europa de impedir, sin previo acuerdo, que ningún príncipe perteneciente á las familias reinantes subiese á un trono extranjero. Este expediente podía salvarlo todo: al día siguiente se habría anunciado



á las Cámaras que la aprobación dada por el rey de Prusia á la retirada de la candidatura bastaba por lo presente, y que, en cuanto al porvenir, Francia se remitiría á un congreso. Pero por la noche todo cambió. El embajador de Prusia, Werther, recibió orden de salir de París, por haberse mostrado demasiado conciliador; la agitación creció en la capital; la Emperatriz, cada vez más resuelta, reprochaba al Emperador dejar caer su trono en el arroyo; Gramont, habiendo recibido un despacho en que, al parecer, se le exigía retractarse ó explicar la declaración del seis de Julio, manifestó que no había lugar á vacilar, y arrastró consigo á casi todo el gabinete, que se arrojó á tierra ojos en la emboscada que le tendía Bismarck. Se acordó llamar las reservas, y la guerra quedó irrevocablemente decidida.

Al día siguiente, quince, en comunicación donde se desnaturalizaban los últimos despachos de Benedetti, el gobierno notificó su resolución á las Cámaras y les pidió créditos para la campaña. En vano se elevaron en el Cuerpo legislativo voces elocuentes contra una determinación que nada justificaba y que podía ser funesta al país; en vano se pidió la prueba de que el embajador de Francia había sido insultado; en vano se quiso examinar los documentos diplomáticos, reflexionar, juzgar. Thiers, callándose mucho de lo que sabía acerca de la inferioridad militar de Francia, hizo un supremo esfuerzo para preservar á la Cámara de semejante locura. «Sobre el fondo, dijo, sobre la candidatura del príncipe Hohenzollern, vuestra reclamación ha sido atendida. Rompéis por cuestión de susceptibilidad..... En cuanto á mí, cuidadoso de mi memoria, no quiero dar motivo á que se diga que he aceptado la responsabilidad de una guerra fundada en semejantes motivos. Pido, pues, á la faz del país, que se nos den á conocer los despachos por los que se ha tomado la resolución que se acaba de anunciarnos..... Considero esta guerra como soberanamente imprudente..... Si no comprendéis que en este momento cumplo un deber, y el más penoso de mi vida, os compadezco. En lo que á mí toca, estoy tranquilo para mi memoria; en cuanto á vosotros, día vendrá en que lamentaréis vuestra precipitación..... Ofendedme, insultadme. Estoy pronto á sufrirlo todo para defender la sangre de mis conciudadanos, que vais á verter por demencia..... Cuando veo que, cediendo á vuestras pasiones, no queréis tomaros un instante de reflexión, que no queréis pedir el conocimiento de los despachos en que pudiera apoyarse vuestro juicio, digo que no cumplís con vuestro deber». Ollivier insistió en que «se había anunciado á los representantes de Prusia en toda Europa la negativa á recibir al embajador francés», y como añadiese que no se habían recibido más que despachos confidenciales y que no comunicaría nada más, Gambeta exclamó: «Las palabras que su señoría acaba de pronunciar, de que ha expuesto en la tribuna todo lo que á la Cámara incumbe conocer, contienen á la vez una falta de veracidad y un atentado á los derechos de la asamblea». Ollivier, profundamente conturbado, lanzó esta tremenda frase: «Sí, desde este día comienza, para mis colegas y

para mí, una gran responsabilidad. La aceptamos con el *corazón tranquilo*. La izquierda se sublevó al oír esta frase, que el ministro se esforzó en vano por explicar y atenuar. Al fin, Ollivier leyó los últimos telegramas de Benedetti. «Sabido esto, gritó Arago, si hacéis la guerra es porque la queréis á todo trance».—«Si os conviene á vosotros, replicó Ollivier, declarar que debemos retroceder, no nos conviene á nosotros tener esa resignación poco patriótica». Thiers «saltó de su asiento» y volvió á tomar la palabra entre furiosos gritos. «Cincuenta energúmenos, ha escrito, me enseñaban los puños, me injuriaban, decían que manchaba mis canas. Yo no cedí».—«¿Sabéis, les dijo, quiénes son los que han hecho más daño á Francia? Los autores de la guerra de Méjico, los autores de Sadowa, que, olvidando el mal que han causado, nos acusan á nosotros de perjudicar al país cuando nos esforzamos en economizar su sangre». Agobiado de fatiga, con las lágrimas en los ojos, llegó hasta el fin, diciendo en palabras entrecortadas lo esencial de lo que se proponía decir. «El interés de Francia estaba á salvo; os habéis metido en disputas de palabras, que habían de hacer la guerra inevitable. Lo repito, tenemos la guerra, no por el interés de Francia, sino por culpa del gabinete». Por la noche, imbécil muchedumbre, llamándole traidor y prusiano, fué á apedrear sus ventanas, en tanto que aclamaba á Ollivier. Los créditos pedidos fueron votados. «De esta suerte, escribió Andelarre, una Cámara fué arrastrada á votar una guerra terrible, sin ejército, sin aliados, sin razón, sin pretexto, lo que sabíamos muy bien cuando pedíamos, sin cansarnos, la exhibición de los documentos que se nos rehusaba tenazmente».

Inglaterra, que la víspera aún había propuesto, sin resultado, la adopción de una nota igualmente satisfactoria para la dignidad de Francia y de Prusia, ofreció todavía, en este instante supremo, su arbitraje, y Rusia expresó el deseo de que se reuniese una conferencia. Todo fué inútil. El diez y siete de Julio, Francia lanzó su declaración de guerra. La víspera, había empezado el gobierno prusiano á movilizar las tropas, y convocó para el diez y nueve el *Reichstag*, en sesión extraordinaria. La mañana de este día, en la Catedral, el predicador de S. M., en presencia de Guillermo I y de los diputados, predicó sobre el texto que «Prusia combatía por la moralidad del mundo». El Rey abrió la sesión pronunciando un hábil discurso, en que separaba á Francia de su gobierno y hablaba favorablemente del «gran pueblo francés». Bismarck comunicó á la asamblea la declaración de guerra que acababa de recibir, y el *Reichstag* en masa se asoció con entusiasmo á la manifestación del rey Guillermo, «convidando á los alemanes á combatir, como sus padres, por su libertad y sus derechos contra la violencia de conquistadores extranjeros».

La formidable lucha estaba empeñada. Mas antes de oírse los primeros disparos, ya Francia experimentaba amargas desilusiones acerca de las alianzas. Había contado con el concurso de la Alemania meridional, y precisamente, en todos los Estados de esta